

PRIMER PLANO / *El atentado.*

# Los asesinos de José Luis actuaron con total impunidad

*No tenía escolta y ni siquiera tomaba la precaución de cambiar de horarios*

ALFONSO ROJO  
Enviado especial

ANDOAIN.— José Luis López de Lacalle no presintió la llegada de la muerte. Ni siquiera vio al asesino. Lloviznaba en Andoain y el hombre venía despacio, tapándose con un paraguas y pendiente de que no se mojaran sus periódicos. Tenía 62 años y era una persona aferrada a la costumbre, un ser que jamás había dejado que el miedo atenazara su corazón.

Cotidianamente, a eso de las nueve de la mañana, bajaba hasta la librería, compraba ocho diarios EL MUNDO, El País, Deia, El Correo, La Razón...y se acercaba hasta el bar Elizondo, para beber un café con leche, masticar pausadamente un cruasán y charlar un rato con los parroquianos, antes de retornar a su domicilio.

Ayer era domingo y como no se trabajaba en el Ayuntamiento ni en las oficinas cercanas, apenas había gente en el local, por lo que no habló con nadie. Desayunó a solas, pagó la cuenta y salió a la calle. El bar queda a unos 300 metros de su casa y todo indica que el pistolero, conocedor de sus costumbres, aguardaba escondido entre las columnas del soportal situado en los bajos del edificio. Si no hubiera ido resguardado por el paraguas, José Luis quizá hubiera atisbado la furtiva sombra del criminal, pero no lo hizo. Avanzó confiado hasta la puerta, depositó las dos bolsas de plástico donde traía los periódicos y sacó las llaves del bolsillo. Fue justo en ese momento cuando el asesino se aproximó sigiloso por detrás, le arrojó el cañón de la pistola y le descerrajó dos balazos en el tórax. Con su víctima ya en el suelo, inerte, volvió a disparar con saña otros dos tiros, en la sien y en la nuca. Tras rematar a su víctima, el asesino se alejó a paso vivo acompañado del cómplice encargado de darle cobertura. La Ertzaintza se limita a decir que eran dos individuos jóvenes «de unos 25 años» y que uno disparó, mientras el otro vigilaba.

Andoain tiene 11.000 habitantes y es un lugar trufado de salidas, carreteras y escondites. Con cierto humor macabro hay policías que se refieren a la localidad como «el triángulo de las Bermudas de ETA». Fue aquí donde se escabulleron los cuatro terroristas que en 1996 participaron en el asesinato de Fernando Múgica. Es el pueblo ideal para una fuga y eso explica la impunidad con que actuaron los asesinos. A lo abrupto de la orografía circundante, se suman los múltiples accesos. En coche, en apenas cinco minutos, se puede

llegar a San Sebastián, escapar hacia Francia, subir hacia Álava o pasar a Navarra, aprovechando el dedalo de vías comarcales.

Los agentes de la Ertzaintza precintaron el portal aledaño y se llevaron tres coches aparcados en las inmediaciones. Uno de ellos es una furgoneta Citroën, contra la que tropezó uno de los asesinos y sobre cuya chapa puede haber dejado inadvertidamente sus huellas dactilares. Los otros dos vehículos son un Renault Clio y un Audi, ambos matriculados en Madrid. Al parecer, uno de los automóviles figura en los archivos como robado y pudo ser utilizado por los terroristas para acercarse hasta Andoain.

## Tarea sencilla

Los asesinos actuaron con absoluta impunidad, con la certeza de que nadie se interpondría en su camino o trataría de bloquear su retirada. Sabían que matar a José Luis era una tarea sencilla. No tenía escolta. No iba armado y ni siquiera adoptaba esa precaución mínima que consiste en modificar los horarios o alterar la rutina. «Puedes cambiar de bar o de quiosco, pero siempre has de volver a tu casa», dicen que comentó en una ocasión, antes de proclamar con heroica tozudez que jamás abandonaría el País Vasco.

El pasado febrero los desquiciados de la *kale borroka* atacaron su domicilio con cócteles molotov. Antes, en septiembre, habían aparecido amenazadoras pintadas en las que los profesionales del horror le tildaban de «asesino», pero tampoco eso había hecho flaquear su espíritu. Cuenta un compañero de profesión, que José Luis había vivido tanto y batallado tan intensamente que no se molestaba en recapacitar en la posibilidad de estar en el punto de mira.

«Toda la vida había estado en Andoain y toda la gente sabía como opinaba; era de los que se atrevían a expresar sus ideas en público y con vehemencia», explica este colega. «Era de los que sostenían que la libertad se consigue paso a paso y debe ser defendida cada instante».

José Luis fue militante del PCE y fundador de Comisiones Obreras, en los tiempos duros, cuando el general Franco tenía todavía la mano de hierro. Eso le costó cinco años de cárcel, que Mari Paz, su ilusionada novia de entonces y su afligida viuda de ahora, llevó con paciencia y resignación.

Hace tres años, tras el vil y



JUSTY GARCÍA / INIGO IBÁÑEZ

Rosario López de Lacalle llora desconsolada junto al cadáver de su hermano.

anunciado asesinato de Miguel Ángel Blanco, José Luis fue uno de los que intervino en la creación del Foro de Ermua. José Luis era inasequible al desaliento y, a pesar de los tropezones del proceso de paz y de la insensatez de los intolerantes, no había cesado en sus esfuerzos. Lo que sí había hecho era atemperar ligeramente su noble activismo. No hace muchas semanas, él que no era un modelo de piedad religiosa, había peregrinado hasta Roma acompañado por su mujer. El pasado verano, impulsado por el ardiente deseo de no dejar nada relevante sin hacer, hasta había caminado a Santiago.

## Niños de comunión

Ayer, cuando lo mataron, tenía en su poder dos billetes de avión para volar a Ginebra, donde su hija Aitziber trabaja como médica. Su hijo Alain, quien tiene 22 años, estudia Derecho y escribe bellas poesías en euskara, estaba arriba, en el segundo piso, todavía en ese estado de placidez que hay entre la vigilia y el sueño y ni siquiera escuchó el estampido de los disparos. Tampoco oyó los tiros su mujer, Mari Paz, porque había salido muy temprano a visitar a sus ancianos padres. Fueron un vecino que habita en los bloques de pisos de enfrente quien dio la alerta y una acongojada vecina la que cubrió a toda prisa con una sábana el cadáver. Durante

todo el día, mientras retiraban el cuerpo y afluían las primeras coronas de flores, por aquel sitio pasaron, risueños e ignorantes decenas de niños, con el misal nacarado en las manos, recordatorios en los bolsillos y uniformes de marinero o trajes de tul. Ayer se celebraron muchas primeras comuniones en Andoain y la fiesta, a pesar de la tragedia, siguió su curso.

Andoain es un pueblo bonito pero denso. Tiene cinco concejales socialistas, dos del PP y cinco de la coalición formada por PNV y EA. También cinco ediles de EH, el paraguas político de ETA. El alcalde, gracias a esos paranoicos giros que realiza la política vasca y a los votos del PNV, es de EH. Se llama José Antonio Barandiarán y a las cinco y media

de la tarde, cuando abrió el pleno municipal convocado por los grupos de oposición para manifestar su repulsa ante el asesinato, estaba tenso como una cuerda de violín.

Sus partidarios copaban desde primera hora los escasos bancos del salón, pero la llegada masiva de ciudadanos encorajinados por el crimen, equilibró las fuerzas. Los aplausos sonaron atronadores cuando el anterior alcalde, el socialista José Antonio López, concluyó

la lectura de la nota de condena, cuando manifestó con verbo alterado que le producía vergüenza comprobar que la *ikurriña*, «la bandera de todos los vascos», no estaba a media asta en el balcón del Ayuntamiento. Hubo gritos, forcejeos, conatos de agresión, insultos e intercambio de invectivas. Después se votó y se aprobó el escrito por abrumadora mayoría. También poner a media asta la *ikurriña*

durante tres días. El alcalde y los concejales de EH se abstuvieron y abandonaron la sala con malas caras. Después, bajamos todos en silencio hacia la casa de José Luis. Allí, bajo el inclemente aguacero hubo muchas caras anónimas y algunas conocidas: Ibarretxe, Redondo Terreros, la hermana de Gregorio Ordóñez, el disidente

*peneuvista* Joseba Arregi. Se guardó un hermético silencio, sólo cortado por el grito de un hombre que increpó al *lehendakari*.

En el suelo, justo al lado de la puerta, en el mismo sitio donde yació el cadáver de José Luis había muchas flores y dos inmensas coronas orladas por una cinta sobre la que aparecía escrito con letras de oro: «Contigo en la Libertad». Lo firmábamos sus compañeros de EL MUNDO.

**Tenía dos billetes  
de avión para  
volar a Ginebra a  
ver a su hija  
mayor, que  
trabaja como  
médico**

**«Puedes cambiar  
de bar o de  
quiosco, pero  
siempre has de  
volver a tu casa»,  
dijo hace poco  
José Luis**